

FRANK DIKÖTTER

LA TRAGEDIA  
DE LA LIBERACIÓN

UNA HISTORIA  
DE LA REVOLUCIÓN CHINA  
(1945-1957)

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE JOAN JOSEP MUSSARRA

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Tragedy of Liberation*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2013 by Frank Dikötter. Todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2019 by Joan Josep Mussarra Roca  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, insignia del Ejército Popular de Liberación

ISBN: 978-84-17346-62-1  
DEPÓSITO LEGAL: B.18 526-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Mapa. China en 1957</i>	6
<i>Prefacio</i>	9

### PRIMERA PARTE

#### LA CONQUISTA (1945-1949)

1. Asedio	19
2. Guerra	28

### SEGUNDA PARTE

#### LA TOMA DEL PODER (1949-1952)

3. La liberación	73
4. El huracán	112
5. El Gran Terror	147
6. El telón de bambú	178
7. Una vez más, guerra	219

### TERCERA PARTE

#### LA REGIMENTACIÓN (1952-1956)

8. La purga	263
9. La reforma del pensamiento	294
10. Camino de servidumbre	347
11. Marea alta	379
12. El gulag	405

### CUARTA PARTE

#### LA RESISTENCIA (1956-1957)

13. Entre bastidores	427
14. Malas hierbas	455

<i>Cronología</i>	489
<i>Agradecimientos</i>	495
<i>Bibliografía selecta</i>	497
<i>Índice</i>	523

# CHINA EN 1957





Gánate a la mayoría, oponte a la minoría  
y aplasta por separado a tus enemigos.

MAO ZEDONG

## PREFACIO

El Partido Comunista de China llama «liberación» a su victoria de 1949. Dicho término evoca imágenes de multitudes exultantes que salen a la calle a celebrar la libertad recién conquistada. Pero en China la historia de la liberación, y de la revolución que la siguió, no es una historia de paz, libertad y justicia. Es, por encima de todo, una historia de calculado terror y violencia sistemática.

En China, la Segunda Guerra Mundial fue muy sangrienta, pero la guerra civil que tuvo lugar entre 1945 y 1949 también segó cientos de miles de vidas civiles, por no hablar de las bajas militares. En la lucha por arrancar el país de las manos de Chiang Kai-shek y de los nacionalistas, los comunistas sitiaron una ciudad tras otra y las sometieron por medio del hambre. Changchun, en medio de la vasta llanura manchú que se encuentra al norte de la Gran Muralla de China, sufrió un sitio de cinco meses en 1948. Lin Biao, comandante de las tropas comunistas, ordenó transformarla en una «ciudad de muerte». Trazó un perímetro en torno a la ciudad con centinelas cada cincuenta metros y prohibió que los hambrientos civiles la abandonaran, obligándolos a consumir las reservas de cereales de los nacionalistas. La gente comía hierba, insectos y corteza de árbol para sobrevivir. Unos pocos se pasaron a la carne humana. La artillería antiaérea y la pesada bombardeaban la ciudad día y noche. Por lo menos 160 000 personas murieron de hambre y de enfermedades durante el asedio.

Unos pocos meses más tarde, el Ejército de Liberación del Pueblo entró en Beijing sin hallar resistencia. Otras ciudades también se rindieron sin un solo disparo, para no tener que sufrir un prolongado asedio. En algunas partes del país,

multitudes de simpatizantes recibían con alegría a los comunistas. Sentían alivio porque la guerra había llegado a su fin y albergaban esperanzas de un futuro mejor. Por toda China, las personas aceptaron la liberación con una mezcla de miedo, resignación y esperanza.

En el campo, después de la liberación llegó la reforma agraria. Los granjeros recibieron parcelas de tierra a cambio de derrocar a sus dirigentes. La violencia fue un elemento imprescindible en la redistribución de la tierra e implicó a una mayoría en el asesinato de una minoría cuidadosamente seleccionada. A los equipos de trabajo les eran asignadas cuotas de personas a quienes los aldeanos, reunidos en asambleas de cientos de personas en una atmósfera cargada de odio, debían denunciar, humillar, apalear, expropiar y, al fin, asesinar. Como consecuencia de un pacto de sangre entre el Partido y los pobres, llegaron a morir hasta 2 millones de presuntos «terratenientes», que a menudo no vivían mucho mejor que sus vecinos. Liu Shaoqi, segundo al mando, informó desde Hebei que algunos de ellos habían fallecido enterrados en vida, que a otros los habían atado y desmembrado, y a otros los habían matado a tiros o estrangulado. A algunos niños los asesinaron por ser «pequeños terratenientes».

Menos de un año después de la liberación empezó un Gran Terror, planeado para eliminar a todos los enemigos del Partido. Mao decretó una cuota de ejecuciones de una persona por cada mil, pero en muchas regiones del país se ajustició al doble o el triple, a menudo con los pretextos más peregrinos. Aldeas enteras fueron arrasadas. Se acusaba a niños de tan sólo seis años de haber espionado para el enemigo y se les torturaba hasta la muerte. A veces, los cuadros del Partido elegían presos al azar y hacían que los mataran a tiros para cumplir con la cuota. A finales de 1951, casi 2 millones de personas habían muerto asesinadas, a veces en espectáculos públicos que se celebraban en estadios, pero más a menudo a escondidas, en bosques, cañadas, junto a ríos. De

uno en uno o en grupo. Una gigantesca red de prisiones establecidas a lo largo y ancho del país acabó con muchos más.

Parafraseando la observación de Simon Schama sobre la Revolución francesa, podríamos decir que la violencia *era* la propia revolución. Pero bastaba con infligirla tan sólo en algunos casos para que fuera efectiva. El miedo y la intimidación eran sus inseparables compañeros y se recurría ampliamente a ellos. Se animó a la gente a transformarse en lo que los comunistas llamaban un «Nuevo Pueblo». En todas partes—en las oficinas del gobierno, en las fábricas, en los talleres, en las escuelas y universidades—se les «reeducaba» y se les hacía estudiar periódicos y libros de texto para que aprendiesen las respuestas correctas, las ideas correctas, los eslóganes correctos. Aunque la violencia se apaciguara al cabo de unos años, la reforma del pensamiento no terminó, porque se obligaba a las personas a examinar sus propias convicciones y a reprimir las impresiones pasajeras que podían revelar pensamientos burgueses ocultos tras una máscara de acatamiento del socialismo. Una y otra vez, ante las multitudes, o en sesiones de estudio sometidas a una estricta supervisión, había que escribir confesiones, denunciar a los amigos, justificar las actividades del pasado y responder a preguntas sobre su fiabilidad política. Una víctima lo llamó «un Auschwitz del espíritu cultivado con esmero».

Pero el régimen no se fundamentaba tan sólo en la mera violencia y la intimidación. La historia del comunismo en China es también una historia de promesas quebrantadas. Antes de imponerse, los comunistas querían seducir. Igual que Lenin y los bolcheviques, Mao llegó al poder a base de prometer a cada uno de los grupos de desafectos lo que éste más quería: tierra a los granjeros, independencia a todas las minorías étnicas, libertad a los intelectuales, protección de la propiedad privada a los comerciantes, unos niveles de vida más elevados a los trabajadores. El Partido Comunista de China arrastró tras de sí a una mayoría bajo la bandera de la

Nueva Democracia, un eslogan que prometía cooperación con todo el mundo, salvo con los enemigos más empedernidos del régimen. Tras la fachada de un «frente unido», cierto número de organizaciones no comunistas, como el Partido Democrático, recibieron su cuota de poder, si bien siempre bajo el liderazgo del Partido Comunista.

Las promesas se rompieron una tras otra. Mao era un maestro de la estrategia: «Gánate a la mayoría, oponte a la minoría y aplasta por separado a tus enemigos». Eliminó a toda una serie de oponentes, uno tras otro, con la involuntaria colaboración de los enemigos del día siguiente, de todos aquellos a quienes se engatusó para que colaborasen con las autoridades. Inmediatamente después de la cruenta campaña de terror de 1951, el régimen se volvió contra los antiguos funcionarios del gobierno a los que pocos años antes había rogado que permanecieran en sus puestos. Sus servicios ya no eran necesarios y más de 1 millón de ellos perdieron sus cargos o fueron a parar al calabozo.

El ataque contra la comunidad empresarial tuvo lugar en 1952. Se arrastró a los empresarios a sesiones de denuncia en las que tenían que encararse con sus empleados, a quienes antes se había adoctrinado para que sintieran un odio febril (real o fingido) contra aquéllos. En tan sólo dos meses, más de 600 empresarios, hombres de negocios y comerciantes se suicidaron en la ciudad de Shanghái. Muchos otros se arruinaron. Todo lo que pudiera proteger al empresario contra el Estado desapareció. Se abolieron todas las leyes y órdenes judiciales, y se reemplazaron por un sistema legal inspirado en el de la Unión Soviética. No había libertad de expresión. Los tribunales independientes desaparecieron y en su lugar se instauraron tribunales populares. Las delegaciones locales de la Federación de Industria y Comercio de Toda la China, controlada por el Estado, se apoderaron de las cámaras de comercio autónomas. En 1956, el gobierno expropió todas las propiedades privadas—desde los pequeños co-

mercios hasta las grandes industrias—bajo la llamada «política de redención por medio de compra», aunque no hubiera compra ni redención.

En el campo, a pesar de la violenta resistencia a la colectivización y de la devastación que ésta produjo, los granjeros perdieron aperos de labranza, tierras y ganado en 1956. También perdieron la libertad de movimientos y se les obligó a vender sus cereales al Estado por los precios que fijaba el propio Estado. Se transformaron en siervos de la gleba, sometidos en todo a los cuadros locales del Partido. Ya en el año 1954, el propio régimen reconocía que los granjeros disponían de un tercio menos de comida que durante los años previos a la liberación. Casi todos los que vivían en el campo estaban sometidos a la dieta del hambre.

En 1957, Mao se volvió contra los intelectuales y envió a medio millón de ellos al gulag. Fue la culminación de una serie de iniciativas del Partido para eliminar toda oposición, tanto si provenía de minorías étnicas como de grupos religiosos, granjeros, artesanos, empresarios, industriales, maestros, académicos o miembros del propio Partido escépticos. Al cabo de una década de gobierno comunista, apenas si quedaba nadie que pudiera oponerse al Presidente.

Pero, al mismo tiempo que se quebrantaban todas las promesas, el Partido no dejaba de ganar seguidores. Muchos de ellos eran idealistas, algunos oportunistas y otros meros delincuentes. Exhibían una fe sorprendente y una convicción que lindaba con el fanatismo, a veces incluso después de que la propia maquinaria del Partido los devorara. Unos pocos intelectuales del Partido purgados en 1957 se presentaron como voluntarios para trabajar en el Gran Páramo Septentrional (en chino, *Beidabuang*), un vasto pantano infestado de mosquitos donde los prisioneros iban a trabajar en la recuperación de tierras. Lo vieron como una oportunidad de redimirse y de regenerarse, con la esperanza de que una vez más se les permitiera servir al Partido.

«¿Se puede mencionar *algo* que los comunistas chinos hayan hecho bien?», se preguntaba Valentin Chu en un libro fundamental titulado *The Inside Story of Communist China*, publicado una década después de la conquista del poder por los comunistas. Su respuesta fue que un simple acto, o un simple programa, aislado de su contexto, puede parecer muy valioso; por ejemplo, una presa que funcionaba, una guardería donde los niños estaban bien atendidos, una cárcel en la que se trataba a los presos con humanidad. La campaña para erradicar el analfabetismo en el campo fue digna de todo encomio, mientras duró. Pero estos éxitos aislados, si los contemplamos en el contexto de cuanto acaeció en el país entre 1949 y 1957, no se pueden considerar hitos de una tendencia más general hacia la igualdad, la justicia y la libertad, los valores que pregonaba el propio régimen.

Personas de todo tipo se vieron atrapadas en esta enorme tragedia y conforman el tema central de este libro. Sus experiencias se han silenciado a menudo, especialmente mediante la propaganda oficial, que garantizaba la circulación constante de declaraciones de los altos cargos. La propaganda versaba sobre el mundo que se aspiraba a construir y no sobre la realidad del país. Era un mundo de planes, proyectos y modelos, que presentaba trabajadores y campesinos modelo, y no personas de verdad, de carne y hueso.

En ocasiones, los historiadores también han confundido el mundo abstracto presentado por la propaganda con las complicadas tragedias individuales de la revolución, y se han creído con excesiva facilidad la imagen deslumbrante que el régimen se esforzó por proyectar en el resto del mundo. Hay quien ha dicho que los años de la liberación fueron una «Edad de Oro» o una «Luna de Miel», por contraste con el cataclismo de la Revolución Cultural que empezó en 1966. En un plano más popular, los guardianes de la fe no dejan de presentar la revolución china como uno de los acontecimientos más importantes en la historia del mundo, sobre

todo desde que otros dictadores comunistas, como Stalin en Rusia, Pol Pot en Camboya y Kim Il-sung en Corea del Norte, han perdido gran parte de su credibilidad. Pero, como demuestra este libro, la primera década de maoísmo fue una de las peores tiranías en la historia del siglo XX, condenó a una muerte prematura a por lo menos 5 millones de civiles y trajo la miseria a un número incontable.

El grueso de la información que se presenta en este libro procede de los archivos del Partido en China. Durante los últimos años ha sido posible acceder a una gran cantidad de materiales y he recurrido a centenares de lo que hasta ahora eran documentos clasificados, como informes de la policía secreta, versiones no censuradas de importantes discursos de los líderes, confesiones extraídas durante las campañas de reforma del pensamiento, investigaciones sobre las revueltas que tuvieron lugar en el campo, estadísticas detalladas de las víctimas del Gran Terror, estudios sobre las condiciones de trabajo en fábricas y talleres, cartas de queja escritas por personas corrientes y mucho más. Otras fuentes pueden ser las memorias personales, cartas y diarios, así como narraciones de testigos oculares que vivieron la revolución. Los simpatizantes del régimen han descartado injustamente muchas de las afirmaciones de estos testimonios, pero ahora la información procedente de los archivos los corrobora y les infunde nueva vida. Tomadas en su conjunto, estas fuentes nos ofrecen una oportunidad sin precedentes de explorar por debajo de la vistosa superficie de la propaganda y recuperar las historias de hombres y mujeres corrientes que fueron, a la vez, los principales protagonistas y las principales víctimas de la revolución.

*La tragedia de la liberación* es el segundo volumen de «La trilogía del pueblo». Precede cronológicamente al volumen anterior, *La gran hambruna en la China de Mao*,<sup>1</sup> que aborda-

<sup>1</sup> Frank Dikötter, *La gran hambruna en la China de Mao*, trad. Joan Josep Mussarra, Barcelona, Acantilado, 2017. (N. del E.).

## PREFACIO

ba la catástrofe provocada que se cobró decenas de millones de vidas entre 1958 y 1962. Más adelante aparecerá un tercer y último volumen sobre la Revolución Cultural. La naturaleza del material archivístico que sostiene la «La trilogía del pueblo» se explicaba con mayor detalle en una nota sobre las fuentes incluida en *La gran hambruna*.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Ibid.*, «Comentario sobre las fuentes», p. 551. (N. del E.).

PRIMERA PARTE

LA CONQUISTA  
(1945-1949)



I  
ASEDIO

En verano del año 2006, unos obreros que trabajaban en un nuevo sistema de riego para Changchun se pusieron a cavar zanjas y efectuaron un descubrimiento espantoso: aquella tierra negra y fértil estaba repleta de restos humanos. A un metro bajo tierra había miles de esqueletos apilados. Al cavar más hondo, los trabajadores encontraron nuevas capas de huesos, amontonadas como si fueran leña. Una multitud de lugareños se congregaron en torno al área excavada y se quedaron desconcertados por la magnitud de la fosa común. Hubo quien pensó que los cadáveres debían de pertenecer a víctimas de la ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Nadie, salvo un anciano, se dio cuenta de que acababan de tropezar con restos de la guerra civil que se reanudó entre los comunistas de Mao Zedong y los nacionalistas de Chiang Kai-shek después de 1945.

En 1948 los comunistas sitiaron Changchun durante cinco meses y rindieron por el hambre a una guarnición nacionalista estacionada tras los muros de la ciudad. La victoria tuvo un precio muy elevado. Al menos 160 000 civiles murieron de hambre durante el bloqueo. Después de la liberación, las tropas comunistas enterraron muchos de los cadáveres en fosas comunes sin una lápida, una placa funeraria, ni siquiera una simple señalización. Después de varias décadas de propaganda sobre la pacífica liberación de China, son pocos quienes recuerdan a las víctimas del ascenso al poder del Partido Comunista.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Jiang Yanyan, «Changchun yi xiashuiguandao gongdi wachu shuqian ju shigu» ('Miles de esqueletos desenterrados en unas obras'), *Xin Wenhua Bao*, 4 de junio de 2006.

Changchun, ubicada en el centro de la vasta llanura manchú al norte de la Gran Muralla, fue una pequeña ciudad mercantil hasta la llegada del tren en 1898. Entonces conoció un desarrollo muy rápido, porque era un punto de enlace entre el Ferrocarril del Sur de Manchuria, en manos de los japoneses, y el Ferrocarril de China del Este, propiedad de los rusos. En 1932 Changchun se erigió en capital de Manchukuo, un Estado títere del Japón imperial. Los nipones nombraron jefe de dicho Estado a Henry Puyi, conocido posteriormente como «el último emperador». Los japoneses transformaron la ciudad en una urbe moderna de plano radial, con amplias avenidas, árboles para dar sombra y obras públicas diversas. Edificios grandes de color crema para la burocracia imperial aparecieron junto a parques espaciosos, al mismo tiempo que se construían elegantes mansiones para los colaboradores autóctonos y sus consejeros japoneses.

En agosto de 1945, el ejército soviético ocupó la ciudad y desmanteló en la medida de lo posible las fábricas, las máquinas y los materiales, y cargó el botín de guerra en trenes para enviarlo a la Unión Soviética. Demolieron las instalaciones industriales y saquearon muchas de las casas más espléndidas. Los soviéticos se quedaron hasta abril de 1946, y entonces la ciudad pasó al control del ejército nacionalista. Dos meses más tarde empezó la guerra civil y Manchuria se convirtió una vez más en un campo de batalla. Los ejércitos comunistas tomaron la iniciativa y descendieron desde el norte. Cortaron el ferrocarril que conectaba Changchun con las plazas fuertes nacionalistas que se hallaban más al sur.

En abril de 1948, los comunistas avanzaron hasta la propia Changchun. Comandados por Lin Biao, un hombre de cuerpo enjuto que se había formado en la Academia Militar de Whampo, sitiaron la ciudad. A Lin se le consideraba uno de los mejores comandantes en el campo de batalla y un brillante estratega. Además, era implacable. Cuando

se dio cuenta de que Zheng Dongguo, oficial que se encargaba de la defensa de Changchun, no capitularía, ordenó rendir por hambre la ciudad. El día 30 de mayo de 1948 llegó su orden: «Transformad Changchun en una ciudad de muerte».<sup>2</sup>

En Changchun había unos 500 000 civiles, muchos de ellos refugiados que habían huido del avance comunista y no habían podido terminar el viaje a Beijing porque las líneas de ferrocarril estaban cortadas. También había una guarnición de unos 100 000 soldados nacionalistas. Se impuso casi de inmediato el toque de queda. Todo el mundo debía permanecer en casa desde las ocho de la tarde hasta las cinco de la mañana. Se ordenó a todos los hombres capaces de trabajar que se pusieran a cavar zanjas. No se autorizaba a nadie a marcharse. Los centinelas tenían órdenes de matar en el acto a todo el que no se dejara registrar. Pero durante la primera semana de asedio todavía se respiraba cierto aire de buena voluntad, porque se arrojaban suministros de emergencia desde el aire. Algunas personas con cierta capacidad económica organizaron un Comité de Movilización de Changchun, que ofrecía dulces y cigarrillos, se encargaba de tratar a los heridos y montaba puestos donde los hombres tomaban té.<sup>3</sup>

Pero la situación no tardó en deteriorarse. Changchun quedó aislada, sitiada por 200 000 soldados comunistas que excavaron minas ofensivas y sabotearon las conducciones subterráneas de agua. Dos docenas de cañones antiaéreos y artillería pesada bombardeaban la ciudad durante todo el día, centrándose en los edificios gubernamentales. Los nacionalistas construyeron tres líneas defensivas de blocaos en torno a Changchun. Entre las líneas nacionalistas y las co-

<sup>2</sup> Zhang Zhenglong, *Xuebai xuehong* ('La nieve es blanca, la sangre roja'), Hong Kong, Dadi chubanshe, 1991, p. 441.

<sup>3</sup> «Northern Theater», *Time*, 2 de junio de 1947.

munistas quedó una tierra de nadie que no tardó en poblarse de bandidos.<sup>4</sup>

El 12 de junio de 1948, Chiang Kai-shek mandó un cable en el que revocaba la prohibición de abandonar Changchun. Aunque el enemigo no hubiese disparado, los aviones del bando nacionalista seguían sin tener capacidad suficiente para abastecer una ciudad entera. Pero es que, además, la artillería antiaérea de los comunistas los obligaba a volar a una altura de 3000 metros. Muchos de los paquetes caían fuera del área controlada por los nacionalistas. Éstos, para impedir la hambruna, animaron a la población a huir al campo. Una vez fuera, no se les permitía regresar a la ciudad, porque no había manera de alimentarlos. Todos los refugiados que se marchaban tenían que pasar por una rigurosa inspección. Se les prohibía llevar objetos metálicos como cazos y sartenes, así como oro y plata, y también sal, porque ésta se consideraba un producto de primera necesidad. A continuación, los refugiados tenían que atravesar la tierra de nadie, un terreno oscuro y peligroso dominado por bandas, por lo general desertores del ejército, que robaban a las personas indefensas. Muchas de las cuadrillas poseían armas de fuego, e incluso caballos. Algunas empleaban contraseñas. Los refugiados más hábiles lograban conservar alguna joya, un reloj o una estilográfica, pero si los forajidos descubrían un pendiente o un brazalete ocultos en las costuras de la ropa, era habitual que les pegasen un tiro. A veces les quitaban toda la ropa. Para salvar sus pertenencias de mayor valor, algunos las escondían en el fondo de un saco de lona repleto de andrajos, en ocasiones ropa de bebé empapada en orina, con la esperanza de que el hedor repeliera a los bandidos.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Cable de Li Keting remitido a Chiang Kai-shek, 11 de junio de 1948, Guoshiguan, documento 002080200330042.

<sup>5</sup> Orden de Chiang Kai-shek, 12 de junio de 1948, Guoshiguan, documento 00206010000240012; Fred Gruin, «30,000,000 Uprooted Ones», *Time*, 26 de julio de 1948.